



Adolfo Sánchez Vázquez: por un socialismo idealmente existente¹

Entre el optimismo sin barreras y el pesimismo sin fondo hay el socialismo como proyecto necesario, posible y realizable (...) este socialismo excluye tanto el optimismo de un eufórico marxismo “ortodoxo” como el pesimismo de los que rehuyendo el retos de las dificultades y los fracasos, prefieren quedarse a la vera del camino, dejar las cosas como están y justificar con su desesperanza su propio cansancio, incomodidad o impotencia

Adolfo Sánchez Vázquez²

Agradezco a la Facultad de Filosofía y Letras y a los organizadores de este coloquio internacional por invitarme a participar en la más que merecida conmemoración por los 100 años del nacimiento de uno de nuestros más cercanos y queridos maestros. Filósofo, militante de las ideas y la palabra. Pedagogo por vocación, filósofo por necesidad. Poeta por voluntad.

“La filosofía siempre había tenido para mí un cierto interés, en cuanto a que ya tenía una actividad política muy intensa desde España, era miembro de las Juventudes Comunistas (...) y naturalmente por esta militancia política y por la necesidad de esclarecerme problemas que planteaba la práctica política, reflexionaba sobre ciertas cuestiones de tipo teórico y filosófico”.³

1 Coloquio internacional “Adolfo Sánchez Vázquez: a cien años de su nacimiento”, Ciudad Universitaria, 7 de agosto de 2015.

2 “Reexamen de la idea de socialismo”, en Adolfo Sánchez Vázquez, El valor del socialismo, México, editorial Itaca, 2000, p.107.

3 “Adolfo Sánchez Vázquez: vida y pasión del socialismo” en Rolando Cordera Campos, Volver con la memoria. Conversaciones con intelectuales, políticos y hombres de la ciencia, el arte y la cultura del siglo XX, México, Ediciones cal y arena, 2009, p. 236.



Sánchez Vázquez fue uno de esos hombres que se caracterizan por hacer de su vida un esfuerzo persistente por estudiar, entender, contemplar; por dialogar para dotarse con firmeza de las herramientas intelectuales necesarias para ser capaz de sumar sus esfuerzos para transformar la realidad social. Una permanente e incansable búsqueda de respuestas a las cuestiones que plantea la construcción de una sociedad más justa, democrática y plural.

Abanico de intereses y preocupaciones: de la literatura a la poesía; de la estética a la ética; de la filosofía al marxismo. El título de sus textos, que suman docenas, dan cuenta de esto: *El pulso ardiendo (poesía)*; *Las ideas estéticas de Marx*; *Conciencia y realidad en la obra de arte*; *Filosofía de la praxis*; *Ética*; *Rousseau en México*; *Estética y marxismo (dos volúmenes)*; *Ciencia y revolución (El marxismo de Althusser)*; *Del socialismo científico al socialismo utópico*; *Ensayos sobre arte y marxismo*; *Filosofía y economía en el joven Marx*; *Sobre filosofía y marxismo*; *Ensayos marxistas sobre historia y política*; *Escritos de política y filosofía*; *Filosofía y circunstancias*; *Invitación a la Estética*; *Cuestiones estéticas y artísticas contemporáneas*; *Entre la realidad y la utopía*; *De Marx al marxismo en América Latina*; *El valor del socialismo*; *A tiempo y destiempo*; *De la estética de la recepción a una estética de la participación*. A lo que hay que agregar su labor memoriosa en libros como *Del exilio en México o Recuerdos y reflexiones del exilio*.

En 1935 ingresa a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, “orgullo de la política cultural de la República (...) la facultad de José Ortega y Gasset (...) Aunque satisfecho académicamente, me sentía extraño ideológicamente, pues nada encontraba en ellos que remotamente se abriera al marxismo (...) Mi marxismo seguía siendo, por tanto, el de un autodidacta, y se desarrollaba casi exclusivamente fuera de la universidad, en un plano político militante”.

Pronto, sin embargo, los estudios se ven silenciados por el ruido ensordecedor de la guerra civil, y en julio de 1936 se alista en el ejército republicano. En 1937, participa en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas y en 1939 sale al exilio cumpliendo una tarea del partido y después acoge, como muchos cientos más, la protección ofrecida por el gobierno cardenista: “Nos pusimos a encauzar nuestra nueva vida con la firme creencia de que ella constituiría un paréntesis de breves años hasta la vuelta a la patria”.



En México, “del que nada sabía salvo lo que me había contado en Madrid, poco antes de la guerra, Andrés Iduarte”, Adolfo Sánchez Vázquez orientó sus primeros pasos en una dirección política y cultural pero desde los años cuarenta más que poesía y revolución es filosofía y cada vez más marxismo.

En los primeros años cuarenta está en Morelia impartiendo clases de filosofía en bachillerato y en el Colegio de San Nicolás de Hidalgo; a su regreso a la Ciudad de México, retoma los estudios universitarios de Literatura Española y Filosofía y en 1955 obtiene el grado de maestro en filosofía por la Universidad Nacional con el trabajo “Conciencia y realidad en la obra de arte”, en el que “se reflejaba no sólo el estado de mi formación filosófica en aquellos momentos sino muy especialmente el lugar que ésta ocupaba en la filosofía marxista”.⁴

Poesía y revolución, exilio y militancia, filosofía y marxismo son las herramientas privilegiadas de Sánchez Vázquez para poner en juego la inteligencia y así fundamentar la necesidad de la opción socialista como una alternativa posible, todavía hemos de preguntarnos si necesaria, al capitalismo. Inevitable no es, como lo advertía el filósofo con claridad. Menos hoy, cuando el terrible dilema planteado por Rosa Luxemburgo adquiere ominosa actualidad. “Socialismo o barbarie” clamaba la luchadora alemana. Ahora, de lo que se trata es de evitar que la depredación natural, la violencia bruta o disfrazada de una austeridad farisea, barran los cimientos de civilización y democracia construidos por la sociedad internacional a partir de la Segunda Guerra.

En los tempranos años cincuenta, Sánchez Vázquez, motivado por encontrar respuestas creíbles, ciertas, a “las cuestiones que plantea la construcción de una sociedad en nombre del marxismo y socialismo”, e inmerso en el ambiente de pluralidad filosófica que le brindaba el medio académico universitario mexicano, se aboca a desarrollar una serie de diálogos con otros jóvenes filósofos y aborda la lectura de autores como Sartre y Merleau-Ponty, Lukács, Pannekoek, Korsch y Bloch.

4 En particular, la idea que tiene de la praxis como actividad creadora y transformadora de la vida; de hecho, consideraba a Filosofía de la praxis (1967) como uno de sus ensayos más importantes.



Este intercambio y esas lecturas, contribuyeron a abrir su perspectiva y lo llevaron a empezar a cuestionar el régimen comunista que se concretaba en el canon plúmbeo del “marxismo –leninismo, el binomio materialismo dialéctico-materialismo histórico, el tristemente célebre “diamat”, hasta desembocar en el obtuso realismo socialista impuesto al arte, la literatura, la música, el cine, y un largo etcétera. “(para) Un militante comunista como yo lo fui, desde mi juventud, en los tiempos de Stalin, como filósofo tenía que limitarse a repetir los famosos principios de Stalin, del materialismo dialéctico e histórico”.⁵

Entran la historia inmediata y la convulsa realidad del ejercicio brutal del poder soviético: “*Hungría fue para nosotros un fuerte aldabonazo en nuestras conciencias, junto con otro acontecimiento importantísimo de la época, el famoso XX congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética que ponían de relieve lo que verdaderamente había de bárbaro, de primitivo y de cruel en los métodos de dirección y de gobierno de Stalin*”.⁶

“(…) primero empecé mi distanciamiento en el plano estético (...) después en el plano filosófico y, finalmente en el plano político. Era un proceso complicado para nosotros porque en aquella época, para un militante comunista el partido lo era todo”.⁷

Siguen la Primavera de Praga y los movimientos estudiantiles que conmueven Europa y buena parte del mundo pero, sobre todo, los tanques rusos en Checoslovaquia: acontecimientos que, en conjunto, cuestionaban de fondo la opción socialista, ya postulada como el “socialismo realmente existente” y, como tal, único. Y sin embargo, el pensador crítico no se aleja del militante enjundioso; para él, el fracaso de la experiencia histórica no tenía porqué conducir, en otras circunstancias históricas y con otras condiciones, inexorablemente a los mismos resultados.

5 Entrevista con ASV, “La validez del marxismo se reafirma justamente en la medida en que se abandona la concepción dogmática tradicional”
<http://che.vela-do.net/spip.php?article542>

6 Volver con la memoria, Op. Cit., p. 238.

7 Volver con la memoria, Op. Cit, p. 238.



Sólo, afirmaba, si se identifica “el marxismo con la ideología ‘marxista-leninista’ del ‘socialismo real’, puede pasarse del reconocimiento de la pérdida transitoria de su vigencia a decretar, por enésima vez, su invalidez definitiva, o sea: su ‘muerte’”.⁸

Ni para el filósofo ni para el militante socialista Adolfo Sánchez Vázquez hay una concepción determinista o fatalista de la historia; los errores o las ideas equivocadas son para él más bien una oportunidad para forjar nuevas tesis que traten de explicar esa confusa y adversa realidad, para desarrollar su espíritu crítico; en ningún caso los errores son sinónimo de negación de la opción socialista. “En mi opinión el marxismo es una teoría que pretende explicar, comprender el mundo, para contribuir a transformarlo (...) en cuanto subsiste la necesidad de transformar (...) el objetivo fundamental del marxismo es hoy tan válido o más de lo que fue en sus comienzos (...)”.⁹

A la vez, don Adolfo avanza en una formulación madura del socialismo como alternativa histórica, en la que la democracia va a ser central pero no unívoca o absoluta, sino inscrita en una transformación mayor de las relaciones sociales. Su marxismo no sólo era sinónimo de espíritu crítico, de investigación radical de la sociedad y su economía política, sino preocupación permanente por asumir y reivindicar la relación entre socialismo y democracia.

“Todo proyecto de emancipación incluye necesariamente un momento democrático. El lugar que éste ocupe dentro de él depende del carácter, extensión y profundidad de la emancipación a que se aspira (...) Si se trata de una emancipación radical (...) de todas las esferas de la vida social, la democracia no puede detenerse ante las fronteras de la propiedad privada y de la desigualdad de la sociedad dividida en clases”.¹⁰

8 Carlos Pereda, “Una conversación con Adolfo Sánchez Vázquez”, en *Los trabajos y los días*, México, UNAM, 1995, p.301.

http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/bitstream/10391/1986/1/35_Los_Trabajos_y%20los_Dias_ASV_Pereda_Carlos_295_308.pdf

9 Op. Cit, entrevista Pereda.

10 Adolfo Sánchez Vázquez, *El valor del socialismo*, México, editorial Itaca, 2000, p. 111.



En otro momento apuntaba: “(...) la incompatibilidad entre democracia y socialismo no tiene un verdadero fundamento porque en definitiva un socialismo verdaderamente socialista no se puede concebir sin democracia, y una democracia verdaderamente real, profunda, amplia, que no se limite al plano político formal o legal, acaba por identificarse con el socialismo. El socialismo es en definitiva la democracia llevada hasta sus últimas consecuencias”.¹¹

En este sentido, advertía: no hay que perder de vista “(que) la democracia socialista expresa las relaciones a través de las cuales los trabajadores ejercen el control sobre sus condiciones de trabajo y de existencia. Si no hay tal reapropiación y control no puede hablarse propiamente de socialismo, al menos no en los términos del marxismo clásico”.¹²

Su clara y contundente defensa del socialismo como proyecto, está asentada así en su convencimiento de que en tanto los problemas fundamentales que determinaron su aparición, las contradicciones y los males del capitalismo, sigan no sólo vivos sino agravados, como ocurre hoy, la búsqueda de una alternativa al capitalismo es una razón que se basta por sí misma. A esta alternativa se le puede llamar socialismo.

Aunque no se engañaba y admitía, en realidad advertía, que la agenda cambiaba con las transformaciones del mundo y de la historia inmediata, bajo el peso adquirido por un discurso beligerante presto al “cultivo” de las exequias del “socialismo real” como el gran colofón de la Guerra Fría y el inicio de la gran celebración del fin de la historia y el inicio de la globalidad neoliberal. “Hay que reconocer, afirmaba, que el socialismo no está a la orden del día, esto es una realidad y sobre todo después del derrumbe (...) lo que está en primer plano es justamente la realización, la ampliación de los valores de la democracia (...)”.¹³

11 Volver con la memoria, Op. Cit., p. 241.

12 El valor del socialismo, op. Cit., p. 81.

13 Volver con la memoria, Op. Cit., p. 241.



IV En los umbrales del siglo XXI, nuestro filósofo marxista hace un repaso histórico del concepto de socialismo.¹⁴ Inicia su reflexión asentando: "(...) la idea del socialismo se ha vuelto problemática. Y de aquí la necesidad, habida cuenta de la experiencia histórica, de hacer frente a dos cuestiones fundamentales. Primera ¿el socialismo es -o sigue siendo- la alternativa liberadora a los males fundamentales del capitalismo? Y segunda: como proyecto emancipatorio, y no como idea asociada (...) ¿el socialismo sigue siendo no sólo una idea emancipatoria sino un proyecto realizable en determinadas condiciones y circunstancias? (...)

"El encuentro o desencuentro de la idea del socialismo con la realidad ha suscitado numerosas críticas (...) La impugnación del socialismo cubre un amplio espectro de objeciones que van desde la negación o limitación de su carácter emancipatorio hasta el rechazo de su posibilidad y su grado de proyecto realizable.

"A veces se recurre a argumentos simplistas -más especulativos que empíricos- para contribuir a difundir la idea de la imposibilidad del socialismo. Así sucede cuando se afirma que el socialismo es imposible ya que se contrapone a la naturaleza humana y resulta, por tanto, una utopía absoluta. Esta afirmación parte de dos premisas que, naturalmente se ocultan: 1) que existe algo así como una naturaleza humana invariante (...) y 2) que entre los rasgos inmutables de esa naturaleza humana hay que destacar el del egoísmo (...) ni el socialismo ni el comunismo -como sociedad superior- serán el paraíso; pero, dada la sociedad existente, no por ello deja de ser necesario, valioso y deseable: una idea por la que se puede y se debe luchar".

En un célebre encuentro internacional organizado por la revista Vuelta en 1990 vuelve a defender, con claridad y entereza, su idea de socialismo: "Es interesante señalar la coincidencia (...) entre los ideólogos soviéticos del marxismo-leninismo (...) y los ideólogos del capitalismo (...) Si el dilema es capitalismo o socialismo, entendido este como 'socialismo real' y, si por otra

14 "Reexamen de la idea del socialismo", en Adolfo Sánchez Vázquez, El valor del socialismo, México, editorial Itaca, 2007. También puede consultarse en Nexos, México, 1985.

<http://www.nexos.com.mx/?p=4536>



parte el 'socialismo real' es condenado justamente y el capitalismo embellecido, la alternativa no puede ser otra más que el capitalismo.

“El fracaso del 'socialismo real' se presenta como el fracaso del socialismo (...) y, por lo tanto, se rechaza como una alternativa deseable al capitalismo. No obstante que el socialismo sigue siendo una alternativa necesaria y deseable respecto del capitalismo, el fracaso del 'socialismo real', su hundimiento y fracaso afectan negativamente la imagen del socialismo (...)”.¹⁵

Para Sánchez Vázquez el socialismo en sí y por sí, es necesario, racional, y con sentido histórico. Es necesario no sólo, decía en entrevista con el periodista español Fernando Orgambides, por razones políticas o económicas, sino también por razones incluso morales. Sin embargo, tampoco puede hablarse hoy “de la culminación de un proceso necesario (...) el socialismo no es un puro acontecimiento natural, no es algo inexorable o inevitable. Pero no es tampoco un puro sueño, un mero deseo de justicia o una simple aspiración a la realización de un valor. Es, al mismo tiempo, una fase necesaria del desarrollo social (...)”.¹⁶

“(...) desde la altura de nuestro tormentoso presente, aseguraba, sí podemos afirmar que el socialismo nunca ha existido, ni existe todavía realmente. Que, por tanto no es cosa del pasado ni del presente, pero que dada su necesidad como alternativa al capitalismo, no podemos renunciar a él como objetivo (...) este socialismo llegará a ser realidad si, desde ahora y a través de la densa niebla de tergiversaciones y confusiones, permanece como un objetivo estratégico hacia el cual hay que caminar”.¹⁷

Una y otra vez encontramos en Sánchez Vázquez que el poliedro marxismo, socialismo, democracia, crítica y autocrítica, se despliega como los vasos comunicantes de su vida, como los ejes que articulan y nutren su pensamiento.

15 “Porque vive y se necesita el socialismo”, en *El valor del socialismo*, op. Cit., pp.126 y ss.

16 Adolfo Sánchez Vázquez, *El valor del socialismo*, op. Cit., p. 37

17 Adolfo Sánchez Vázquez, “¿De que socialismo hablamos?”
<http://148.206.53.230/revistasuam/dialectica/include/getdoc.php?id=368&article=388&mode=pdf>



En su ensayo “¿De qué socialismo hablamos?”,¹⁸ tras advertir: “(que) Nos encontramos con esta paradoja: cuando la alternativa socialista al capitalismo (...) se ha vuelto más imperiosa, el socialismo no está a la orden del día o no, al menos con las señas de identidad que permitirían reconocerlo como tal”, se arriesga a describir cuáles deberían ser éstas más allá de descripciones “imprecisas y vagas”.

También busca “determinar si el socialismo es asunto de la utopía o de la ciencia, de la imaginación o de la razón, si entraña una estatalización de la vida social o una socialización del poder político, si puede hablarse de un socialismo restringido a su base económica o en un sentido amplio que abarque la totalidad social y, finalmente, si es legítimo diseñar un socialismo ideal con cuya vara pueda medirse el socialismo real o, si por el contrario, no hay más socialismo que el ‘realmente existente’ ”¹⁹

En su opinión son cuatro los rasgos esenciales que extraídos de la obra de Marx sirven para construir “un concepto de socialismo que pueda funcionar como ideal si consideramos que la realidad que prefigura es, por valiosa, deseable y factible”. “El socialismo aspira a superar los límites del proyecto ilustrado en la modernidad burguesa (...) no es la vocación emancipatoria de la Ilustración lo que niega el socialismo, sino los obstáculos y los límites que, generados por su fundamento económico-social burgués, encuentra esa vocación y transforma la racionalidad ilustrada en pura irracionalidad (...) hay que rechazar la reducción del socialismo a una ideología propia de ‘todas las comprometidas con la democracia y la libertad’ (...)

Después, sostiene que la “Condición necesaria y prioritaria para que pueda darse la alternativa socialista es, como ya señalaron Marx y Engels, la abolición de la propiedad privada sobre los medios de producción (...) , exige también, en consecuencia, la transformación del Estado (...) Lo cual significa que el cambio de poder político o su distribución (...) no pueden darse al margen de la relaciones de producción de las que depende, en definitiva, la naturaleza del Estado (...)

18 “¿De qué socialismo hablamos?”, publicado en *Dialéctica*, núm. 21, México, 1991.

19 Adolfo Sánchez Vázquez, “¿De qué socialismo hablamos?”.



“(pero) si la abolición de la propiedad privada es condición necesaria para el socialismo, no es en modo alguno condición suficiente (...) El socialismo requiere la socialización de los medios de producción en el doble sentido de propiedad social y control del uso y usufructo de esos medios (...) Si el poder político escapa al control de la sociedad, también escapará a él la propiedad estatal. En este caso, la abolición de la propiedad privada dejará paso a la propiedad estatal absoluta.

“No puede hablarse en verdad de socialismo sin el control de la economía por la sociedad (...) Pero esto requiere (...) la socialización del poder político (...) la democratización de toda la vida social. El socialismo es por ello inseparable de la democracia, no sólo formal, representativa o política, sino directa, económica y autogestionaria (...).”

V De lo que aquí hemos hablado es del socialismo que quería Sánchez Vázquez, una opción inspirada por un marxismo nuevo, abierto, crítico, como era en definitiva el marxismo que correspondía al pensamiento de Marx. Se trata de reflexiones que han recorrido la historia de las sociedades modernas, y que han sido pensadas y abordadas desde diferentes y, quizá para algunos, insólitos miradores.

En 1949 un físico alojado en Princeton y llamado Albert Einstein, en un artículo publicado en el primer número de la legendaria, hoy benemérita, revista *Monthly Review*, se preguntaba ¿Por qué el socialismo? Y se respondía: porque sólo hay un camino para eliminar los graves males que definen la crisis de nuestro tiempo, cuya matriz identificaba con la anarquía económica propia del capitalismo, así como con la constitución de una oligarquía del capital privado frente a la cual ni siquiera una sociedad organizada democráticamente podía poner freno. Este camino, proponía Albert Einstein es el de una economía socialista acompañada por un sistema educativo orientado a fines sociales.

Al mismo tiempo, el revolucionario sabio alemán advertía: “una economía planificada no es el socialismo. Como tal, puede ir acompañada por una esclavitud total del individuo”. De aquí el gran desafío aun no resuelto del socialismo: ¿cómo evitar que la burocracia se vuelva una fuerza todopoderosa?



¿Cómo proteger los derechos individuales para desde ahí asegurar la existencia de un contrapeso democrático al poder de las burocracias?

Es probable que aquel mundo de la anarquía capitalista haya mutado, debido precisamente a la concentración productiva global y al poderío tecnológico formidable en manos de las multinacionales. Quizá, hoy tendríamos que hablar de una desbocada Alta Finanza que controla los resortes primordiales de la asignación de los recursos, la división del trabajo y de los medios de producción y de disuasión a escala planetaria. Sabemos también de la enorme capacidad desplegada por la gran corporación para controlar mercados, manipular la opinión pública y condicionar –o determinar- las decisiones fundamentales de los Estados en materia económica y social. Planeación hay, pero no control social emanado de la democracia.

Pero, a la vez, tendríamos que reconocer que este poder burocrático-financiero ha exacerbado su centralización al calor de la propia crisis actual y que, además, de cara al desorden mundial impuesto al fin de la Guerra Fría, se corre el riesgo de que el mundo avanzado opte por una suerte de remilitarización del mundo que articule el ejercicio de este poder burocrático-financiero. Un poder capaz, sin duda, de planear pero en función de intereses y objetivos propios adversos al interés general y la protección de las mayorías.

En esta perspectiva, aquella oligarquía que identificara Einstein como una amenaza al orden democrático de su tiempo, tendría que ser vista como un esbozo optimista e ingenuo del actual *Brave New World* donde la estatalización progresiva de los medios de producción, por ejemplo en modalidad público-privada tan cara a nuestros gobernantes y sus epígonos, haría posible la planeación pero no emanada ni sujeta a la deliberación y la participación de los trabajadores. De aquí la pertinencia y actualidad, históricamente legítimo y coherente, del discurso de Don Adolfo Sánchez Vázquez que en su momento fue indiscutiblemente atrevido y audaz.

¿Por qué el socialismo? Se preguntaba el sabio de Princeton. Porque es necesario y deseable, respondería nuestro filósofo. Pero sólo será real, realmente existente, si cumple estrictamente con la condición, en realidad



la restricción, democrática. La democracia no es para después, ni puede ser sustituida por la providencia o la destreza burocráticas, mucho menos por la carismática que recoge las frustraciones políticas mayoritarias. Y es aquí donde entra con legitimidad y exigencia el tema de las reformas y los tiempos. El ritmo, la gradualidad que hacen posible la combinación democracia-socialismo. De aquella “crisis de nuestro tiempo” descrita en alucinante síntesis por Einstein, pasamos a la histórica cruzada contra el hombre y la democracia sociales, desatada por el desplome del régimen de la “revolución contra el capital” de que hablaba Gramsci al referirse a la Revolución de Octubre. Hoy, se insiste en sustituir todo esto con una avasalladora revolución contra la sociedad y sus Estados de bienestar, montada por los ricos en aras de la libertad y la globalidad pero en contra de la igualdad y la fraternidad.

Tiempos nublados cuando no sombríos. Tiempos de democracia difícil. “¿Vale la pena hoy el objetivo, la meta, el ideal o la utopía del socialismo –se preguntaba y preguntaba don Adolfo en los primeros años del nuevo siglo- a quienes no conocieron ni vivieron esa experiencia de lucha, a las generaciones que siguen sufriendo los males del capitalismo, exacerbados en su fase neoliberal? ¿Ha valido la pena la alternativa social a la que se asocia –con razón o sin ella- el fracaso de la experiencia histórica que tantos sacrificios y sufrimientos costó?”²⁰

Y (se) contestaba: “no ha valido la pena la experiencia histórica del ‘socialismo real’ porque, en definitiva, en ella no se han dado los valores socialistas. Pero, puesto que la historia no está predestinada (...) la perspectiva de un socialismo necesario deseable y posible, aunque incierta y no inmediata, sigue abierta para la izquierda que siempre ha luchado por la igualdad y la justicia (...) ha de abrirse desde el presente en la medida en que se lucha por la democracia efectiva, por ampliar las libertades reales y conquistar espacios de igualdad y justicia social (...) Sin renunciar a la reivindicación de sus sacrificios y logros del pasado, la izquierda debe asumir este pasado críticamente, sacando de él las lecciones que sean necesarias”.²¹

20 Adolfo Sánchez Vázquez, “¿Vale la pena el socialismo?”, p. 1, en <file:///Users/admin/Desktop/vale-la-pena-el-socialismo.pdf>

21 Adolfo Sánchez Vázquez, “Vale la pena el socialismo”, pp.1 y 13 en file:///Users/admin/Desktop/vale-la-pena-el-socialismo.pdf



Optimismo en el corazón, aparejado a la razón cautelosa y celosa del rigor y del recuento puntual de la historia. “Ciertamente, los errores teóricos se pagan prácticamente y, a veces, con un enorme costo humano, y de ahí la importancia del conocimiento para la acción. Si el marxismo fue certero al descubrir que el capitalismo, por su propia naturaleza, tiende a la expansión constante, fue un grave error considerar que ya en el siglo pasado había alcanzado un límite infranqueable (Marx), o que ya en los albores de este siglo era un capitalismo ‘agonizante’ (Lenin).”²²

Por ello el filósofo insistiría en que hoy es, todavía más necesario que ayer, cultivar una dosis mayor de escepticismo frente a todo dogmatismo y, sobre todo, una dosis constante de crítica de todo lo existente, de la injusticia y la justicia simulada; de la mala educación y de sus gesticuladores; pero también de los justos tan dados a la auto satisfacción complaciente y la celebración del privilegio entendido como reconocimiento.

No sobra, más bien falta repetirlo: “El socialismo entendido en sus justos términos hasta ahora no existe (...) lo que se llama ‘socialismo real’ tiene algo de realidad pero poco de socialismo. Hay que reconocer que el socialismo sigue siendo una aspiración”.²³

22 Adolfo Sánchez Vázquez, “Vale la pena el socialismo”, p.11.

23 Entrevista de Hugo Vargas en Adolfo Sánchez Vázquez: los trabajos y los días (semblanzas y entrevistas), México, UNAM, 1995.